

que se había tomado por pretexto, y cuando Absalon ofrecia las víctimas, sonó lo trompeta y al momento corrieron de todas partes y se formó una recia conjuración. Se aumentaba continuamente el pueblo que corría al partido de Absalon, y en poco tiempo se halló el príncipe rebelde al frente de un ejército.

Es uno de los castigos de David.

Parece inconcebible como el pueblo de Israel pudiese abandonar en un momento á un rey como David, tan valiente, tan virtuoso, tan prudente, tan amable... para pararse al partido de un hijo rebelde, de un jóven furioso, de un fratricida; pero no, no es en la tierra donde se encuentra la causa de una mudanza tan repentina, se halla en el cielo, cuyos decretos se van cumpliendo sucesivamente. No por cierto, no es con la prudencia del traidor Aquitofel, ni con el número de soldados de Israel que apoyan la rebelión con lo que ha de contar el hijo para derribar del trono á su padre. Quiere el Señor descargar los golpes de su justicia sobre David, y estos son las armas poderosas de Absalon, sin las cuales todos sus esfuerzos habrían quedado reducidos á la nada delante de un rey acostumbrado á vencer enemigos mucho mas formidables, y desbaratar ejércitos mucho mas numerosos y aguerridos. David ve aquí la mano del Omnipotente dando cumplimiento á los decretos anunciados por su profeta, adora su poder, huye de su corte, en la que se va á cumplir lo mas terrible de las amenazas de Natán, y espera el tiempo en que el Señor levante su mano y vuelva por su causa. Apenas llegó el aviso de que Israel seguía á Absalon, dijo á los que le rodeaban: Huyamos, porque no tendremos salida si viene Absalon. Dáos prisa, no sea que llegando, nos sorprenda, traiga la ruina sobre nosotros y pase la ciudad á filo de espada. Mucho debió costar á los valientes que custodiaban

al rey rendirse á su mandato; pero la obediencia, el respeto, la veneración que le tenían, no les permitió reponer ni una sola palabra. Aquí estamos, respondieron á una voz. Cuanto ordenare el rey nuestro señor, tanto ejecutaremos de buena voluntad vuestros siervos.

Huye David de Jerusalem.

Salió, pues, á pié de Jerusalem el rey, las reinas Micol, Aquinoam, Abigail y Betsabée, los hijos del rey y toda la familia, y los oficiales y tropas que guarnecían la corte, quedando en ella diez mujeres legítimas de David, pero de segundo orden, para custodiar el palacio. Marchaban al frente las valerosas legiones de Cereti y Feleti, que componían su guardia real, y aquellos seiscientos valientes que le habían acompañado en el tiempo de las persecuciones de Saul.

Fidelidad de Etai.

En la primera parada que hicieron, no lejos de Jerusalem, vió el rey que también le seguían los Geteos convertidos y recién llegados á la corte con su capitán Etai, y dirigiéndose á este, le dijo: ¿Porqué vienes con nosotros? Vuélvete, y quédate con el (nuevo) rey, porque eres forastero y has salido de tu tierra. Ayer llegaste, ¿y hoy serás obligado á salir nosotros? Yo iré adonde tengo que ir (que aun no lo sé). Vuélvete y lleva contigo á tus paisanos, y el Señor hará contigo misericordia y verdad (te premiará), porque has dado pruebas de gratitud y fidelidad; y respondió Etai: Vive Dios, y vive el rey mi señor, que en cualquiera parte que estuviéreis, mi señor rey, ó sea para muerte, ó sea para vida, allí estará vuestro siervo.

Así hablaba un extranjero, apenas incorporado en las

tropas de David, mientras que le desamparaban y conspiraban contra él sus propios súbditos y su mismo hijo. ¡Qué fidelidad en seguir á Jesucristo no se vió en los gentiles, que eran extranjeros á las promesas, mientras que los Judíos, á quienes pertenecian las promesas, arrojaban de esa misma ciudad de Jerusalem al divino David y á sus Discípulos!

Llegada de los sacerdotes y levitas con el arca del Señor.

Al ver el rey tanta fidelidad en Etai y en sus compañeros, á cuyo frente y en cuyo nombre hablaba, ven, le dijo, y pasa (el torrente de Cedron); y pasó Etai y todos los hombres que estaban con él. Pasaba todo el pueblo y el rey pasaba también, y todos caminaban al desierto llorando á gritos. Entonces llegaron los sumos sacerdotes Sadoc y Abiatar y con ellos todos los levitas, llevando el arca de la alianza del Señor. La generosidad de Etai, la fidelidad de los sacerdotes y levitas, y sobre todo la llegada del arca santa, fueron de muchísimo consuelo para el afligido David, y le hicieron entrever que el Señor no le habia desamparado; pero á pesar de su deseo de tener siempre á la vista este monumento santo, no le pareció que debia exponerle á la contingencia de una batalla, una derrota, ó una huida, y dijo á Sadoc: Vuelve á llevar el arca de Dios á la ciudad, pues si yo hallare gracia en los ojos del Señor, me volverá allá, y me la dejará ver en su tabernáculo; y si me dijere, no me agrada, pronto estoy. Haga de mí lo que bien le pareciere. Vuélvete ¡ó Vidente! en paz á la ciudad. Tu hijo Aquimaas y Jonatás, hijo de Abiatar, estarán con vosotros. Yo me retiro á las campiñas del desierto hasta que me deis aviso del estado de las cosas. Sadoc, pues, y Abiatar no replicaron, volvieron á llevar el arca de Dios á Jerusalem y se quedaron allí.

David subia la cuesta del Monte de las Olivas, y subia

llorando, caminando con los pies descalzos y la cabeza cubierta (de luto), y todo el pueblo que iba con él, subia también llorando y cubierta la cabeza. ¡Paso lastimoso que representaba desde entonces de un modo tan propio á Jesucristo, verdadero David, saliendo de la misma ciudad de Jerusalem con sus Discípulos, pasando el mismo torrente de Cedron y subiendo al mismo Monte de las Olivas cubierto de tristeza y lleno de amargura!

Apostasia del consejero Aquitofel.

Aquí supo David para aumento de su pena que Aquitofel, su consejero, le habia sido traidor como Judas á Jesucristo, y se habia pasado al partido de los conjurados. Temió David los consejos de un hombre tan hábil y tan malo, y luego acudió al Señor buscando su proteccion particular contra un hombre tan peligroso. Os suplico, Señor, dijo: que infatueis el consejo de Aquitofel.

Presentacion del consejero Cusai.

Hecha esta breve pero fervorosa súplica, continuaba subiendo la cumbre del monte, desde la que aun se descubria Jerusalem, y en la cual pensaba David adorar al Señor, por si no volvía á ver el monte santo de Sion, donde reposaba el arca, cuando se le presentó Cusai Araquita con los vestidos rasgados y cubierta de tierra la cabeza. Era este sábio el consejero mas fiel de David, y su señor le recibió como un don que le dispensaba el Cielo en circunstancias tan apuradas. En ellas David no necesitaba de consejeros sino de soldados y buenos capitanes como Etai, y así dijo á Cusai: Si vinieres conmigo, me servirás de carga. Mas si volvieres á la ciudad y dijeres á Absalon: Yo ¡ó rey! soy vuestro siervo, desvanecerás el consejo de Aquitofel. Allí tendrás contigo á

los sacerdotes Sadoc y Abiatar, y les harás saber cuanto oyeres de la casa del rey. En su compañía estan sus hijos Aquimaas y Jonatás, y por ellos me enviarás á decir todo lo que oyeres. Cusai se volvió, y al mismo tiempo que entraba este fiel amigo de David en Jerusalem por la puerta del Oriente, entraba tambien Absalon por la del Mediodía, y mientras que el hijo rebelde subia entre los vivas y aplausos de la multitud al trono de Israel, el padre destronado adoraba al Dios de Sion desde la cima del monte, y bajaba á pié y descalzo entre los fieles y afligidos Isrealitas que le acompañaban á ocultarse en el desierto.

Socorro y calumnia de Siba.

Apenas habia dejado la cumbre, cuando le salió al encuentro Siba, aquel criado antiguo de la casa de Saul, al que habia confiado la administracion de los bienes de Mifiboset hijo de Saul, cuando llamó á este príncipe á su corte y á la participacion de su mesa. Traía dos asnos cargados con doscientos panes, cien atados de uvas pasas, cien panes de higos y un pellejo de vino; y preguntó el rey á Siba: ¿Para qué son estas cosas? Los asnos, respondió Siba, son para que lleven á aquellos domésticos del rey (que se cansaren en el camino); los panes y los higos con las pasas para alimento de la tropa, y el vino para los que desfallecieron en el desierto. ¿Y dónde está, volvió á preguntar el rey, el hijo de tu señor? (¿dónde está Mifiboset?) Aquí Siba descubrió en dos palabras la perversidad de su alma. Mifiboset, tullido de ambos piés, no podia moverse sino en brazos ajenos. La precipitacion con que salió el rey de la corte fué tal, que ni para las reinas hubo carruajes ni caballerías, ni para el mismo rey, y Siba, que habia tomado mas tiempo y debia haber proporcionado un transporte á Mifiboset, ni siquiera quiso aparejarle un asno para ir á unirse con el rey. Á pesar de estos antecedentes, Siba respondió

muy fresco al rey: Se ha quedado en Jerusalem, diciendo: Hoy me restituirá la casa de Israel el reino de mi padre. Ninguna cosa mas falsa que esta asercion; pero David fué sorprendido. Tenia tan buen concepto de Siba, que le habia hecho administrador de los cuantiosos bienes de Mifiboset, y este concepto hizo que no dudase de lo que Siba decia. Si hubo aquí precipitacion en David, solo Dios lo sabe. El hecho es, que David dijo á Siba: Sean tuyas todas las cosas que fueron de Mifiboset. Esto era sin duda lo que el avariento calumniador pretendia, pues conseguido, rindió las mas expresivas gracias al rey, y para dar á entender que en este descubrimiento solo habia mirado por su bien, suplicó que le contara entre los primeros de sus fieles servidores.

Heróico sufrimiento de David insultado y maldecido por Semei.

Caminaba siempre el rey hácia el desierto, y cuando llegó á las cercanías de Baurin, ciudad de la tribu de Benjamin al norte de Jerusalem, un Benjamita de la familia de Saul, llamado Semei, hijo de Gera, salió á insultarle. Dió principio á sus insultos cargándole de maldiciones, y siguió apedreándole, y á todos sus siervos. Todo el pueblo y todos los hombres guerreros iban á la derecha é izquierda del rey, y Semei continuando en maldecir al rey, decia: Sal, sal, hombre de sangre y hombre de Belial. El Señor te ha dado ahora el pago de toda la sangre que derramaste de la casa de Saul. Porque usurpaste el reino, por eso el Señor le ha puesto en manos de Absalon tu hijo. Hé ahí porque te abruman tus males, porque eres hombre de sangre. Abisai, hijo de Sarvia, sobrino del rey y hermano de Joab, no pudo ya sufrir tanta insolencia y dijo al rey: ¿Porqué ese perro muerto ha de maldecir al rey mi señor? Yo iré y cortaré su cabeza. ¿Qué hay, dijo David, entre mí y

entre vosotros, hijos de Sarvia? Dejadle que maldiga, pues que el Señor le ha dejado que maldijese á David. ¿Y quién hay que ose decir (al Señor), porqué así lo habeis hecho? Y dijo el rey á Abisai y á todos sus siervos: Veis que mi hijo, que ha salido de mis entrañas, busca mi vida; ¿cuánto mas lo hará un hijo de Benjamín? Dejadle que me maldiga, segun le ha dejado el Señor. Acaso el Señor mirará mi afliccion y me concederá bien por la maldicion de este dia.

David, pues, seguia su camino, acompañado de los suyos, y Semei iba enfrente de él costeano el monte por lo alto, maldiciéndole, tirándole piedras y arrojando tierra sobre él. La paciencia de David aquí fué heroica. Sufrió hasta el fin sin quejarse esta dura y larga prueba, y para que esta tuviese todo su cumplimiento, le fué preciso usar repetidas veces de toda su autoridad para contener el justo enojo de sus capitanes y soldados. Entraron por fin en Baurin muy fatigados el rey y todo el pueblo, y descansaron y se alimentaron allí.

El consejero Cusai, amigo de David, habia entrado en Jerusalem, como se ha dicho, al mismo tiempo que Absalon. Cuando halló oportunidad, se presentó á este, y le saludó diciendo: Dios os guarde, ó rey. Admirado Absalon al ver que le saluda Cusai: ¿Y es este, le dijo, el reconocimiento que muestras á tu amigo? ¿Porqué no te has oido con él? De ninguna manera, respondió Cusai; porque yo seré de aquel que eligió el Señor y todo Israel, y con él permaneceré. ¿Á quién he de servir yo? ¿Acaso no es al hijo del rey? Como obedecí á vuestro padre, así tambien obedeceré á vos. Absalon quedó muy satisfecho y complacido; miró la adquisicion de Cusai como una gran conquista; le recibió en su gracia, le admitió en su consejo, y repartió con él la confianza que hasta entonces habia tenido depositada toda entera en Aquitofel.

Consejo infernal de Aquitofel.

Absalon tan complacido con la adquisicion del famoso consejero de su padre, como ansioso de continuar la obra comenzada, dijo á Aquitofel: Consultad entre los dos qué es lo que debemos hacer. Era Aquitofel uno de aquellos consejeros malvados que en nada se detienen, ni por la justicia, ni por la conciencia; á quienes nunca faltan arbitrios para todo, porque nada tienen por malo, si conduce á conseguir su fin, y que en tanto son mayores políticos en cuanto tienen menos religion y menos conciencia. Aquitofel sabia la funesta ciencia de acomodarse á todo para conseguirlo todo. Habia hecho el papel de virtuoso en tiempo de David, y hacia el de malvado en el de su rebelde hijo. Lo que sugirió á Absalon en esta ocasion, no fué tanto de un consejero perverso, como de un consejero del infierno. Entrad, dijo este ministro del abismo á Absalon, entrad á las mujeres de vuestro padre que dejó en guardia del palacio, para que cuando oyere todo Israel que habeis afrentado á vuestro padre, se robustezcan sus manos en vuestra defensa. Era decirle que hiciese á su padre una afrenta mas indigna de perdon que la usurpacion de la corona; que este crimen le haria irreconciliable con él para siempre, y que asegurado el pueblo de que jamás podria haber reconciliacion entre los dos, se uniria mas y mas al rey que acababa de proclamar y colocar en el trono.

Esta horrible proposicion de Aquitofel no causó horror á Absalon. Hermano fraticida, hijo rebelde, usurpador del trono, y caminando á ceñirse la corona, ya nada le costó ser adúltero é incestuoso públicamente. En efecto se levantó en el sitio mas alto de palacio que llamaban terrado, y estaba descubierto por todas partes, un pabellon, al que se obligó á subir á las diez mujeres de David, y delante de todo Israel entró Absalon á profanarlas. Este escándalo inaudito estremeció á los buenos

Israelitas, confirmó á los revoltosos en la rebelion, y dejó á todos los siglos una abominacion que será detestada siempre en la historia del mundo.

Despues de haber presenciado Aquitofel con la complacencia propia de un espíritu del abismo la ejecucion del infernal consejo, fuó á verse con Absalon para hacerle presente que urgia aprovechar el tiempo antes que su padre pudiese rehacerse. Yo elegiré, le dijo, diez mil hombres de valor y marcharé á perseguir á David esta noche, y cayendo sobre él porque se halla fatigado, y sus manos, esto es, sus tropas debilitadas, le derrotaré, y cuando huyere todo el pueblo que está con él, yo heriré (quitaré la vida) al rey desamparado, y reduciré todo el pueblo que le ha seguido, como suele volver un solo hombre. Uno solo perseguís, y (concluyendo con él) todo el pueblo será en paz (será vuestro).

Consejo de Cusai.

El consejo era muy bueno para concluir con David, y este rey que acababa de salir huyendo de su corte con un puñado de tropas, estaba perdido, si se ejecutaba sin perder momentos. Desde luego pareció bien á Absalon y á los ancianos de su partido; pero Absalon quiso oír también á Cusai, y en esto consistió la salvación de David. Llamad, dijo Absalon, á Cusai Araquita, y oigamos también lo que él dice; y habiendo venido Cusai, le dijo Absalon lo que proponia Aquitofel, y le pregunto: ¿Debemos hacerlo, ó no? ¿Qué nos aconsejás? Cusai, hombre reposado y de firmeza, respondió sin titubear ni un momento: No es bueno el consejo que ha dado Aquitofel esta vez. Bien sabeis que vuestro padre y la gente que le sigue, son muy valientes, y tienen muy amargado el corazon, como el de una osa que se embravece en un bosque por haberla quitado sus cachorros; á mas de que vuestro padre es hombre que sabe de guerra y no hará

parada con el pueblo. Acaso ahora mismo estará oculto en alguna cueva ú otro lugar escondido, y si al principio cayere alguno de los que os siguen, lo oirá cualquiera, y dirá: Ha sido derrotado el pueblo que seguia á Absalon, y el mas animoso desmayará de temor; porque todo el pueblo de Israel sabe que vuestro padre es valiente, y aguerridos los que estan con él. Por esto me parece mejor que se reuna todo Israel desde Dan hasta Betsabée un pueblo innumerable como la arena del mar, y vos iréis en medio de él y nos echarémos sobre el rey en cualquier lugar que fuese hallado y le cubrirémos como el rocío que cae sobre la tierra y no dejarémos ni un solo hombre de cuantos estan con él, y si se encerrase en alguna ciudad, todo Israel la rodeará de cordeles y la arrastrará y arrojará en un torrente para que no se encuentre ni una sola piedra de ella.

Con esto dió conclusion Cusai á su discurso, pero era muy hábil este amigo de David para no conocer él mismo lo débil de su razonamiento. Todo él era un tejido de bellas palabras que no llevaban otro objeto que ganar tiempo á su amigo; mas Absalon se dejó deslumbrar. Solo se hablaba de reunir á todo Israel, de caminar glorioso en medio de todo el pueblo, de cercar por todas partes á David y oprimirle con la multitud, de arrancar las ciudades en que se encerrase... Y todo esto lisonjeó tanto á Absalon y á todos los ancianos, que unánimes prefirieron el consejo de Cusai al de Aquitofel, permitiéndolo así el Señor para salvar al padre perseguido y castigar al hijo rebelde.

Cusai dió inmediatamente aviso de todo á los sacerdotes Sadoc y Abiatar, previniéndoles que lo hiciesen saber inmediatamente á David para que en aquella misma noche dejase los llanos del desierto, pasase el Jordán y se refugiase en el pais de Galaad; pero estaba la dificultad en darle esta noticia sin causar sospechas á Absalon. Jonatás y Aquimaas, hijos de los dos sacerdotes, estaban en un arrabal de la ciudad con el objeto de lle-

var estos avisos á David. Ni Sadoc ni Abiatar se atrevieron á dar personalmente esta noticia á sus hijos y se valieron de una criada, que luego se la comunicó, y ellos salieron al momento con el mayor disimulo y ligereza; pero hubo un jóven que les vió y dió noticia á Absalon, quien despachó al momento gentes en su seguimiento; mas ellos, viéndose perseguidos, corrieron á Baurin, entraron en la casa de un vecino de la ciudad que tenia un pozo sin agua en el patio, y se metieron en él. La dueña era compasiva y cerró inmediatamente el pozo, tendió sobre el brocal, que estaba igual con el piso, una cubierta; echó cebada mondada sobre ella, é hizo como que la estaba secando. Llegaron los enviados de Absalon y preguntaron á la mujer: ¿Dónde estan Aquimaas y Jonatás? y ella respondió: Pasaron apresuradamente despues de beber un poco de agua; y como los que les buscaban, no les encontrasen por ninguna parte, se volvieron á Jerusalem. Luego que estos se retiraron, salieron aquellos del pozo, y continuando con la misma celeridad su camino, llegaron al rey y le dijeron: Levantáos y pasad prontamente el Jordán, porque Aquitofel ha dado el consejo (de sorprenderos y oprimiros esta noche). Aunque Cusai habia entorpecido y trastornado este consejo, se temia que nuevas circunstancias hiciesen que se volviese á pensar en él y se siguiese, en cuyo caso David estaba perdido si no pasaba el rio. Levantóse, pues, David y todo el pueblo que estaban con él, y pasaron el Jordán antes que amaneciese, sin quedar ni uno solo sin pasarle.

Se ahorca Aquitofel.

Viendo Aquitofel que no se habia seguido su consejo, y que Cusai habia prevalecido contra él, rabioso y despechado aparejó su asno y tomó el camino de su ciudad Gilo, entró en su casa, y dispuestos sus negocios se ahorcó. Bella representacion del discípulo apóstata.

Traidor Judas, como Aquitofel, dispone como este sus negocios, restituyendo los treinta dineros, y se cuelga como él. Se cree que Judas habria conseguido el perdon de Jesucristo, y tambien Aquitofel de David; pero generalmente los traidores, á quienes no sale la traicion como ellos se prometian al cometerla, juzgándose indignos de perdon, se hacen justicia á sí mismos. Por de contado, Aquitofel ahora, y Judas en tiempo de Jesucristo, se la hicieron bien terrible.

Este fin desastrado de Aquitofel ninguna impresion hizo en el endurecido corazon de Absalon. Continuó en dar las disposiciones para reunir en Jerusalem todas las tropas del reino á fin de acabar de una vez con su padre; pero era preciso tiempo (y esto queria Cusai) para que llegasen las que se hallaban en las extremidades, y David sabia aprovecharse de los momentos mejor que su hijo. Despues que pasó el Jordán, se dirigió á la ciudad de Manain, que tenia una buena fortaleza y habia sido corte de Isboset siete años, hasta que Baana y Recab le asesinaron en ella. David puso allí sus mujeres, sus hijos, los ancianos y todos los que no se hallaban en estado de manejar las armas. Apenas corrió la noticia de su llegada, le vinieron socorros de todas partes; Sobi, á quien David habia hecho rey de los Amonitas despues que Hanon, su hermano, murió en el famoso sitio de Rabá; Machir, aquel hijo de Amiel que mantuvo á sus expensas tanto tiempo á Mifiboset, hijo de Jonatás, y Bercelai de la ciudad de Rogelin, anciano de cerca de ochenta años, y hombre muy rico, fueron los que se presentaron primero y distinguieron mas por la abundancia de sus provisiones. Ofrecieron á David camas, tapices y vasos de barro; trigo, cebada, harina, polenta, habas, lentejas y garbanzos tostados; miel, manteca, ovejas y terneros gordos; y lo mismo hicieron, aunque en menores cantidades, los hombres de facultades del país.

Disposiciones de David para el combate contra las tropas de Absalon.

El buen rey se hubiera consolado mucho con estas pruebas de la proteccion del Señor y del afecto y generosidad de los pueblos, si solo fuera un rey desgraciado, pero era tambien un desgraciado padre. El hijo habia reunido en Jerusalem todas las tropas de Israel y marchaba contra su buen padre resuelto á deshacerse de él á todo trance, y no quedaba ya á David otro partido que, ó morir con sus hijos y todos sus valientes, ó defenderse. Tuvo aviso en Manain de que Absalon con su numeroso ejército habia pasado el Jordán, y esta noticia no permitió ya por mas tiempo al rey dejar de tomar las armas. Ordenó luego sus tropas; entregó cada cien hombres á un centurion, y cada mil á un tribuno, y habiendo dividido toda su gente en tres cuerpos, dió á Joab el mando del primero, á su hermano Abisai el del segundo y al fiel Etai el del tercero. El rey habia reservado para sí el puesto de general en jefe, y dijo al ejército: Yo saldré tambien con vosotros; pero este se opuso resueltamente. No, respondieron á una todas las tropas, vos no saldréis con nosotros; porque importará poco á nuestros enemigos el que nosotros huyamos, ni les será de consideracion que muramos la mitad en el encuentro. Vos solo sois contado por diez mil (á vos solo es á quien buscan). El rey se rindió á las prudentes razones de su ejército y se limitó á decir: Yo haré lo que bien os pareciere. Oida esta conformidad, el ejército se puso en movimiento, y el rey se presentó á la puerta de la ciudad para verle desfilar. Iba en compañías de cien hombres y cuerpos de mil con sus oficiales al frente. El rey pedia al Cielo sus bendiciones para su ejército y le exhortaba á pelear en su nombre y por su gloria. El ejército no era muy numeroso, pero sí muy valiente. David contaba con la proteccion del Cielo y el denuedo de sus tropas,

y apenas podia dudar de la victoria. Así que, mirándola como cierta, y no pudiendo olvidarse de que era padre de Absalon, mandó á sus generales, delante de todo el ejército, que conservasen la vida á su hijo Absalon.

El rey deseaba que se ahorrara la sangre, porque era sangre de hermanos; mas por mucho que procurase la moderacion, las disposiciones de los dos ejércitos eran funestas. Absalon no podia estar contento hasta no ver el cadáver de su padre tendido sobre los cadáveres de sus tropas leales. Su general Amasa, primo hermano de Joab, á nada menos aspiraba que á ser general de todos los ejércitos de Israel. Sus tropas no esperaban gracia, si llegaban á ser batidas, porque en efecto no la merecian. Las de David tampoco la esperaban de un ejército de rebeldes, y llevadas por la justicia de su causa, estaban resueltas á no dar cuartel mas que á Absalon, á quien un padre indulgente, acaso en demasia, mandaba perdonar. Con estas disposiciones se caminaba al combate de una y otra parte.

Las tropas de David derrotan á las de Absalon.

Habia pasado este el Jordán con todo su ejército y acampado en los llanos de Galaad, teniendo á su derecha un esoso bosque, llamado el salto ó bosque de Efrain. Joab, Abisai y Etai al frente de sus tres cuerpos de tropas habian pasado tambien el torrente de Jacob, y aquí fué donde se encontraron los dos ejércitos, bastante cerca de Manain, donde el rey se habia quedado con un corto número de soldados. Avanzaron unos y otros, y el combate debia ser terrible y favorable al ejército de Absalon que cubria aquellas dilatadas llanuras; pero la multitud no pudo sostener el primer choque de los valientes de David. Luego volvieron la espalda las tropas de Absalon, se declararon en derrota y se entregaron á la fuga. Las de David cargaron por todas partes y ha-

cian un estrago tal, cual se podía temer de la indignacion de los vencedores. Veinte mil Israelitas quedaron tendidos en el dilatado campo que ocupaban sus numerosas tropas, y mas de veinte mil perecieron en el inmediato bosque al que habian corrido á salvarse en su huida. La victoria fué completa, pero el Señor no estaba satisfecho. Sobrevivía Absalon á la derrota; era preciso que muriese tambien este hijo de David para que siguiesen teniendo su cumplimiento las amenazas hechas por el profeta Natán, y Joab, desobedeciendo á David, cumplió con la muerte de Absalon parte de estas amenazas.

Muerte de Absalon y su sepultura.

Huyó Absalon tambien al bosque, y las tropas de David que habia por aquella parte, le dejaron pasar, cumpliendo con la orden de su padre. Iba montado en un mulo, y como corria á mas correr, huyendo de la muerte, pasó el mulo con gran velocidad por bajo de una espesa y grande encina y Absalon quedó colgado de ella, bien fuese entregajado por el cuello, ó bien preso, como se cree comunmente, por su gran cabellera. El mulo pasó adelante, continuando su veloz carrera, y Absalon quedó colgado entre el cielo, que se vengaba de un enorme criminal, y la tierra que no queria sostenerle.

En tal estado alcanzó á verle un soldado del ejército de David, y sin atreverse á tocarle por causa del mandato de su padre, corrió á Joab y le dijo: He visto á Absalon colgado de una encina. Y si le viste, dijo Joab, ¿porqué no le cosiste con la tierra, y yo te hubiera dado diez siecos de plata (algo mas de cien reales) y un tahalí? (faja de distincion.) Pero el soldado respondió: Aunque pesaras en mis manos mil monedas de plata, de ningun modo extenderia yo mi mano contra el hijo del rey; pues oyéndolo nosotros (los soldados), mandó el



rey á ti y á Abisai, y á Etai, que le guardáseis al jóven Absalon; y dijo Joab : No será así como tú quieres, sino que yo mismo le acometeré en tu presencia. Tomó, pues, Joab tres saetas en la mano y se las clavó en el corazon, y como todavía palpitase, colgado de la encina, corrieron diez jóvenes sus escuderos y le acabaron de matar.

Entonces Joab tocó retirada y contuvo á sus tropas para que no siguiesen á las de Israel, queriendo perdonar á la multitud. No creyó Joab que debia darse á Absalon la sepultura que correspondia á su nacimiento, sino la que merecian sus delitos. Mandó abrir una grande hoya en el bosque, y le arrojaron en ella, cubriéndole con un monton de piedras en gran manera grande, sufriendo así despues de muerto este hijo rebelde la pena de apedreado, que segun la ley debia haber sufrido vivo. Tal fué el desastrado fin del malvado Absalon, príncipe fratricida, rebelde, incestuoso, adúltero, parricida y digno de la execracion de todos los siglos.

Se da noticia á David de la victoria.

Por mas criminal y execrable que hubiese sido Absalon, siempre le amaba David, y Joab, que conocia el tjerno corazon del padre, temia anunciarle la muerte del hijo. Aquimaas, aquel hijo de Sadoc, que habia corrido de Jerusalem con Jonatás, hijo de Abiatar, á dar aviso al rey de que pasase inmediatamente el Jordán para no ser sorprendido; este fiel Aquimaas se ofreció ahora el primero á llevar al rey la noticia de tan completa victoria. Yo correré, dijo á Joab, y daré la nueva al rey, de que el Señor le ha hecho justicia de la mano de todos sus enemigos. No, dijo Joab, no quiero que vayas tú esta vez á dar la nueva, porque ha muerto el hijo del rey; y volviéndose á un tal Cusi, le dijo : Anda y da noticia al rey de lo que has visto. Cusi hizo una profunda reverencia al general y echó á correr. Mas

Aquimaas volvió á decir á Joab : ¿Y qué inconveniente hay en que yo vaya tambien corriendo en pos de Cusi? ¿Para qué quieres correr, hijo mio, le dijo Joab? No serás portador de buenas nuevas. Aquimaas rebosaba de alegría al ver desbaratados los enemigos del rey y no podía contenerse sin correr á dar esta noticia. ¿Pues qué, volvió á replicar á Joab, pues qué, si yo tambien corriere? Corre, le dijo Joab, cediendo á su empeño, y corriendo Aquimaas por un atajo, se adelantó á Cusi.

Estaba sentado David entre las dos puertas de la entrada de Manain, donde se habia quedado, por no haberle permitido sus tropas que se expusiese á los peligros del combate, y el centinela que habia sobre el muro de la puerta, vió un hombre que venia corriendo y lo avisó al rey. Si viene solo, dijo el rey, buenas nuevas trae (pues que vendrian muchos y de tropel si se hubiera perdido la batalla.) Cuando el primero se acercaba, alcanzó á ver el centinela otro que tambien corria, y volvió á decir al rey : Descubra otro que viene corriendo solo; y dijo el rey : Tambien esto trae buenas nuevas. El modo de correr del primero, añadió el centinela, parece como el correr de Aquimaas, hijo de Sadoc; y dijo el rey : Ese es hombre bueno, y viene á traer buenas nuevas. Á este tiempo llegaba ya Aquimaas, y de léjos gritó al rey : Dios os guarde, ó mi rey, y acercándose despues, se postró en tierra delante del rey, y dijo : Bendito sea el Señor, que ha puesto en manos del rey á los que alzaron sus manos contra el rey mi señor.

Temores de David por la vida de Absalon.

David no temia tanto la muerte temporal de su hijo como la eterna en que le sepultaria el estado delincuente en que se hallaba, y deseaba con ansia que el Señor en su misericordia le concediese aquel tiempo de penitencia que él mismo habia recibido de su piedad

divina. Así fué que en vez de dar señales de alegría por una victoria que le valia el reino y la vida, solo las dió de un temor y de una inquietud que le ocupaba enteramente. ¿Vive Absalon? á esta sola pregunta se redujeron todas las que pedia un suceso semejante. ¿Vive el jóven Absalon? Cuando Joab vuestro siervo, respondió Aquimaas, pesaroso ya de haber llevado la noticia, cuando Joab, vuestro siervo, despachó á este siervo vuestro ¡ó mi rey! vi levantar un gran túmulo. No sé mas. Esta respuesta cortada hizo ya temblar al rey, y dijo á Aquimaas : Pasa y ponte aquí. Apenas pasó Aquimaas y se fijó al lado del rey, cuando llegó Cusi, y rebosando alegría, dijo : Buena nueva os traigo, mi señor y mi rey. El Señor ha hecho hoy justicia por vos de la mano de todos los que se levantaron contra vos. El rey, cada vez mas temeroso sobre la vida de su hijo : ¿Vive el jóven Absalon? preguntó, temblando la contestacion, que en efecto fué como él ya la esperaba. Así sean tratados como el jóven, respondió Cusi, los enemigos del rey mi señor, y todos los que se levantan contra él para mal.

Llanto de David por Absalon.

Traspasado aquí el rey del mas vivo dolor, se retiró á una pieza que habia sobre la puerta, llorando y exclamando : ¡Hijo mio Absalon! ¡Absalon hijo mio! ¡Quién me diera que yo muriera por ti! ¡Absalon hijo mio! ¡Hijo mio Absalon! David habria sufrido con la mayor resignacion esta desgracia, como lo habia hecho ya en la pérdida de otros dos hijos, si Absalon no hubiese muerto con las armas de la rebelion en la mano, obstinado, endurecido... con todas las señales de un condenado; pero esta eterna desgracia de su hijo le tenia inconsolable. Lloraba sin cesar, y cubierta ya la cabeza (ya la cara con sus manos) no dejaba de llorar y de exclamar : ¡Hijo mio Absalon! ¡Absalon hijo mio! ¡hijo